

1

VIVIR EL DÍA A DÍA

La serenidad es un bien anhelado por todo el mundo. Nos maravilla vivir al lado de una persona serena con capacidad para afrontar las múltiples contrariedades que comporta el ir tejiendo la vida.

Nos cautiva la actitud de un ser así, capaz de luchar, con firmeza y constancia, sin perder la calma, sin abandonar nunca la paz. La serenidad no es algo que se tiene. Es más bien un estado de reposo, de buen ánimo, independiente de los factores externos. Es una cualidad del ser y no del tener; es un atributo de la naturaleza, no un complemento accidental.

Vivir con serenidad es afrontar con dignidad y entereza el futuro. No es en modo alguno un bien de consumo, ni un objeto que pueda darse o adquirirse. No la venden en ningún lado. Nadie puede ofrecerla ni regalarla. No puede comprarse ni si-

quiera con toda la riqueza del mundo. Y, curiosamente, es lo que más necesitamos para poder vivir en este tiempo dominado por la incertidumbre.

La serenidad es un estado de quietud, pero ésta es una situación rara en la condición humana. Vivir es estar en movimiento, caminar hacia lo que todavía no somos y dejar de ser lo que éramos, luchar para hacer realidad los sueños y paliar las múltiples necesidades del cuerpo y el alma. Vivir es moverse, desplazarse, ir y venir, volver a pasar por el mismo camino otra vez, tropezar en incontables ocasiones y hacerlo de nuevo, combatir el tedio, el aburrimiento y el sopor existencial.

El movimiento es fruto de la indigencia. Si fuéramos dioses no tendríamos que movernos, no nos haría falta ir de un lado para otro resolviendo las necesidades y luchando por proyectos sin la menor certeza de que lleguen a convertirse en realidad. La quietud es un estado propio de la divinidad; vivir de forma humana significa moverse. La divinidad es lo que es y no puede llegar a convertirse en algo diferente. Es así y lo será eternamente. No existe ningún proyecto latente en ella, ninguna aspiración, ningún deseo fundamental. Es un motor

inmóvil. Todo es acto, todo es pura realización.¹ La condición del ser humano es anhelante y, por consiguiente, móvil. No es todo lo que aspira a ser. Esta sed de ser es un deseo esencial que debe aprenderse a vivir con serenidad.

Entonces alguien pensará: la serenidad es una pura ficción, un estado utópico propio de superhombres o supermujeres pero imposible de asumir en la vida cotidiana. Ciertamente no es fácil, pero tampoco es imposible. La heroicidad no consiste en realizar un desatino memorable, sino en asumir con serenidad las múltiples y reiteradas contrariedades que comporta el hecho de vivir.

Hay varios grados de serenidad. Entre los dos máximos extremos, el desasosiego como forma de vida y la paz total, existe toda una gama de puntos que expresan sensibilidades diferentes. No es una cuestión de blanco o negro. De la misma forma que podemos pacificar el mundo exterior de manera progresiva empezando por nuestro ámbito más cercano hasta llegar a los puntos más lejanos de nuestro microcosmos, también podemos pacificar el alma empezando por el dominio del deseo.

1. Cf. ARISTÓTELES, *Metafísica*, libro XII.

Existen diversas maneras de vivir. La serenidad es un estado de quietud, pero ello no excluye el movimiento. Significa moverse sabiendo que no hay nada que perder porque todo está ganado de entrada. Significa moverse sabiendo que no hay que demostrar nada a nadie porque somos aceptados tal como somos. Significa moverse sabiendo que somos queridos aun sin lograr nuestras metas. Quien se mueve con este convencimiento no deja de moverse pero lo hace con serenidad, con dignidad e incluso con un punto de humor.

La serenidad no exige alejarse del mundo ni tampoco renunciar al movimiento. Ponerse a buen recaudo no significa vencer a la tormenta. Es escabullirse como un animal cobarde. La serenidad es moverse sin perder la calma y luchar en medio del campo de batalla sin abandonar nunca lo esencial, lo que da confianza y seguridad. Es dejarse la piel en el trabajo sabiendo, no obstante, que nada depende en último término de nosotros.

La serenidad exige un punto fijo, un centro de gravedad. No hace falta renunciar al movimiento para vivir serenamente. Hay que luchar, si es preciso, hasta dejarse el alma, pero con la confianza de que lo esencial está garantizado, de que no pode-

mos perder el punto fijo, de que existe un fundamento último que no depende de nuestro esfuerzo sino que nos ha sido dado.

El que lo tiene todo ganado no lucha. El que lo tiene todo perdido, tampoco. La lucha siempre se basa en una incertidumbre, pero en una incertidumbre vivida desde la confianza. Eso es el estado de serenidad. El que confía en que existe un punto de apoyo, una base independiente de la incertidumbre, y confía en ello plenamente, no tiene motivos para caer en la angustia y menos aún en la desesperación.

Como apuntó de forma sutil Søren Kierkegaard, la fe es el antídoto de la desesperación.² Allí donde existe confianza en las posibilidades del ser humano, en los proyectos de futuro, en los nuevos nacimientos que somos capaces de experimentar a lo largo de la vida; allí donde hay confianza en el hecho de que la nada no es el destino final, la desesperación desaparece. Pero allí donde no hay confianza, no hay aire ni futuro. Solamente queda una sensación de ahogo, de asfixia existencial,

2. Cf. S. KIERKEGAARD, *La enfermedad mortal*, Guadarrama, Madrid, 1969.

de clamor interior que grita que “no hay nada que hacer”. Eso es la desesperación en sentido puro. La serenidad no se opone al pensamiento. Lo presupone. No se trata de huir de la desesperación con fórmulas de entretenimiento más o menos sofisticadas. La serenidad no es una fuga ni un éxodo. Es una forma de confianza ciega, irracional, que se mantiene firme incluso cuando fallan todos los argumentos y las razones.

El éxodo del pensamiento nunca puede ser una verdadera fuente de serenidad. Es un falso atajo. Dejar de pensar por miedo es propio de una vida pueril, del infantilismo de un alma que renuncia a vivir la vida adulta. La fuga del pensamiento es un síntoma inequívoco de un mundo decadente que ha convertido la vida en un producto de consumo y no en una obra de arte esculpida día a día, singularmente. Al final, a pesar de los esfuerzos para alejar la vida del pensamiento, la misma desesperación vuelve una y otra vez abrigada con nuevas vestimentas. La falta de futuro, la negación del horizonte y la desconfianza son la raíz de la desesperación. La serenidad es todo lo contrario: es confianza, es la conciencia de que, incluso dejándonos ir, no caeremos en la sima de la nada ni